

Gonzalo Celorio

Cánones subversivos

Anamari Gomís

Confieso que no logré obtener una distancia suficiente entre mi lectura de *Cánones subversivos* y la reseña que ahora escribo, y es que tanto me entusiasmó este libro de Gonzalo Celorio, que parto a recomendarlo de inmediato. Primero que nada, sugiero que el futuro lector observe con cuidado la portada de Tusquets. En rojo, el paradójico título del texto y el nombre del autor, en negro, cubren la parte superior de la biblioteca que, en una mirada inaugural aparece en un primer nivel. Ahora, si se pone mayor atención, es fácil descubrir que los libreros proliferan hasta un segundo piso. Así es la biblioteca personal de Gonzalo Celorio. Su casa, casi completa, resulta un cuidadoso y elegante albergue de libros. El ensayo que abre *Cánones subversivos*, por lo tanto, abunda sobre los volúmenes que acompañaron al escritor en su infancia y luego los que él fue pergeñando al través del tiempo. “Soy lo que soy porque tales o cuales libros” (p. 23), apunta Celorio, no sólo los que estructuraron su carrera académica sino incluso aquéllos de la adolescencia, como los de Hermann Hesse. “Regresar a sus páginas a estas alturas de la vida pudiera resultar abominable” (p. 27). Pero existen otros de los que se prendó para siempre, como *Rayuela* o *Cien años de soledad* o simplemente encontró, luego de leer a Baudelaire y al Conde de Lautréamont, “que un libro tenía el poder de cambiarme moralmente” (p. 28), dice, cuando en su casa paterna predominaban obras pías, más otras publicaciones necesarias para la educación y entretenimiento de los doce niños Celorio, como *El tesoro de la juventud*, *El diccionario enciclopédico hispanoamericano* en veinticinco tomos, las historias de Salgari, entre otros, y los libros de texto que pasaban de hermano a hermano.

Toda esta familiaridad con los libros de su pasado nos arroja, ya desde el principio, a una prosa cuidadísima, estilizada, fascinante. Para cuando el lector o lectora se detienen en el segundo ensayo, que trata de las pesquisas de Gonzalo Celorio sobre las anotaciones que Julio Cortázar hiciera a los libros de su propia biblioteca y que se guardan en la Fundación March de Madrid, el lector(a) ha quedado prendado de la escritura que se produce en los ensayos de *Cánones subversivos*. Dice Celorio de Cortázar: [que] “habla de tú a tú con sus autores, generalmente en español, pero también en francés o en inglés, según el caso” (p. 36). Su investigación, lumbre de la admiración que siente por el autor de *Rayuela*, es por demás entretenida, ya que el genial escritor argentino regaña a los autores o concuerda con ellos, o se horroriza ante una errata mínima o frente a una frase trunca, pero el caso es que dialoga con los textos. Luego se nos narra algo de la relación amistosa, más bien intelectual, de Cortázar con el cubano José Lezama Lima, el neobarroco mayor, a quien el de *Todos los fuegos el fuego*, no deja de enmendarle las páginas.

La primera lectura de *Cien años de soledad* asombra al muy joven Celorio de finales de los años sesenta. Lo que leía “...fue adquiriendo objetividad, no obstante su manifiesta condición maravillosa. En tanto la otra realidad, la de este lado de la página en la que solemos estar y tomar café y oír música: la realidad de mi cuarto, de mi cama, de mi mesa de trabajo, empezó a enrarecerse, a diluirse, a desdibujarse hasta que acabó por desaparecer” (p. 62). Con el tiempo, la revisión constante y erudita de la obra de García Márquez condujo al autor de *Cánones*

subversivos a escribir el prólogo de la más nueva edición de la novela paradigmática de lo real maravilloso, frase acuñada por Alejo Carpentier, o del realismo mágico, como también se denomina al mundo extraordinario del novelista colombiano. Después de *Cien años de soledad*, digo yo, se rompió el molde para escritores que no fueran el propio Gabo.

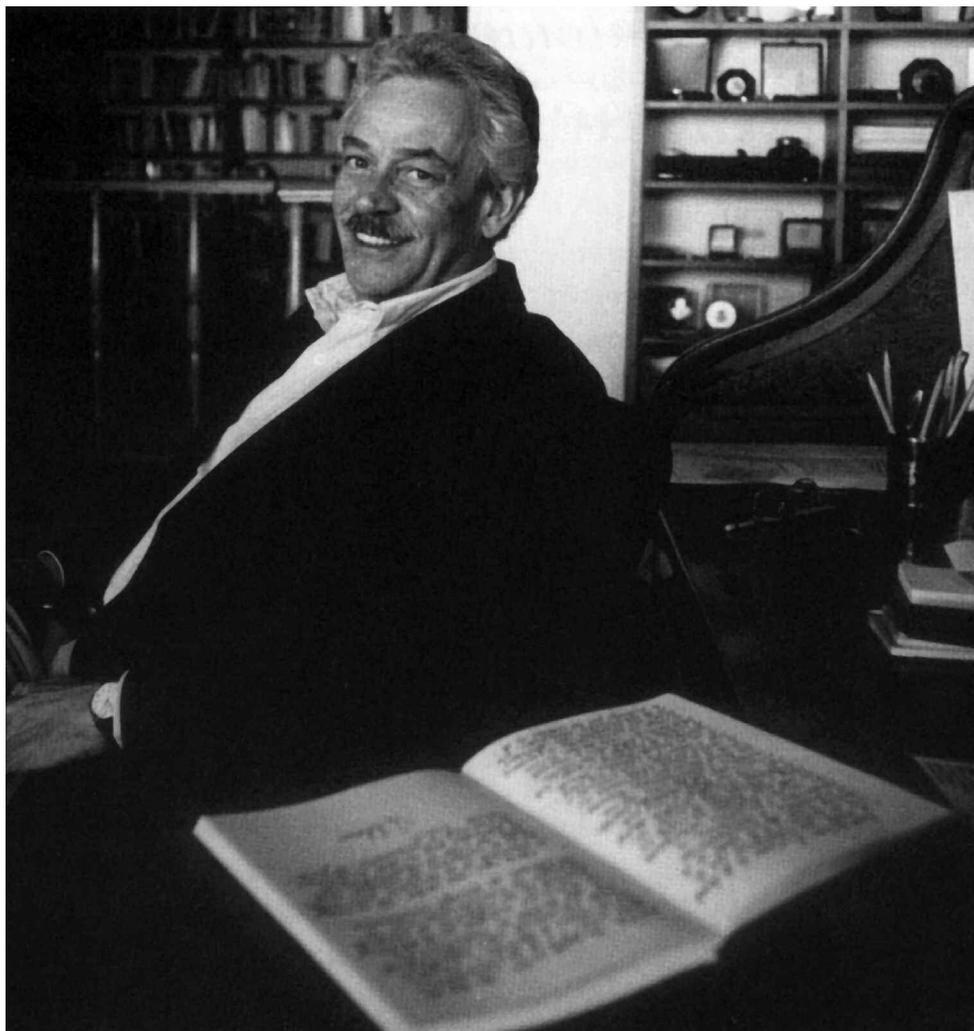
Con el oxímoron que forma el título *Cánones subversivos*, dos palabras con significado opuesto, Gonzalo Celorio traza la tradición de la literatura hispanoamericana, siempre en aras de crear una tradición distinta de la española o de la europea y siempre dependiente esa tradición de la que se desdice. Luego de realizar un paseo por lo que se nombró el “boom de la literatura latinoamericana”, que no surgió de generación espontánea, explica el autor, ya que se enroscaba con vivos antecedentes, Gabriel García Márquez, subraya Celorio, “nos macondizó”.

El siguiente autor a tratar es Alejo Carpentier, quien descubrió que lo real maravilloso ocurría en América Latina como parte de la realidad, en lugar de surgir de un constructo intelectual a la manera de los surrealistas. Otra idea fundamental de Carpentier radica en el apego de Latinoamérica y su literatura al barroco español. Especialista en lo que se ha declarado como el “neobarroco” latinoamericano, Celorio profundiza en ciertas obras geniales de Carpentier, que no todas lo son, como *Concierto barroco* o *Viaje a la semilla*, paradigmáticas de la profusión neobarroca, de su ímpetu liberador y novedoso. Lo que Celorio critica, y critica bien, es que el cubano-europeo no dejaba de admirarse de la realidad latinoamericana como si hubiera sido un extranjero.

“Equivalente al *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* de Diego Rivera, Fuentes pinta en *La región más transparente*, un mural literario” (p. 108). Titulado este ensayo “Carlos Fuentes, epígono y precursor”, Celorio sitúa al autor de la gran *Terra nostra* en el lugar de honor que mantiene y hace resaltar la tradición urbana de la novelística mexicana, desde la aparición del *Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, que luego pasa por el *Martín Garatuza* de Vicente Rivalpalacio, *Los bandidos de Río Frío* de Payno, *La rumba* de Ángel de Campo y, desde luego, *Santa* de Federico Gamboa, más el tránsito inevitable por la calles de la ciudad en la obra de Martín Luis Guzmán y en los textos de otros escritores. El asunto primordial radica en que Fuentes pone en movimiento todos los estratos, todos los confines de la urbe posrevolucionaria. Y es que, con cada obra suya, parafraseo a Gonzalo, Fuentes “se preserva y se transforma”.

Amante él mismo de nuestra terrible ciudad, conocedor profundo de sus rincones y vericuetos como queda claro, por ejemplo, en su novela *Y retiemble en sus centros la tierra* (Tusquets, Andanzas, p. 385), Celorio compara la *Grandeza Mexicana* de Bernardo de Balbuena y la glosa que de ella escribió Salvador Novo en su *Nueva grandeza mexicana*, en la que este poeta y cronista lleva a cabo un recorrido por una ciudad que, como la de Balbuena, no existe ya como tal, pero que, como se acota en *Cánones subversivos* “nos renueva el amor” por este Distrito, lleno de *smogy* y de exigencias últimas.

Al estudio del canon poético que alimentó el poeta Xavier Villaurrutia, un *continuum* lírico, sin antecedentes épicos, lleno de sustratos indígenas en el sentido de su tono menor, Celorio agrega las modalidades de la contención y la reserva de la poesía novohispana sometida por el imperio de la poética peninsular. Todo lo que el poeta de *Nostalgia de la muerte* certifica de la poesía mexicana retrata, en realidad, lo que define su propia poesía. Octavio Paz, al respecto, agrega que “la crítica es una forma de autocrítica”. Así, de las ideas de Villaurrutia a las de Paz, Celorio nos presenta una reflexión in-



Gonzalo Celorio

tenso del trabajo poético del poeta de las “potencias oscuras del alma”, “de la meditación”, en tono menor, que sin duda es muy mayor, y que perteneció a una generación subversiva, la etiquetada como la de los Contemporáneos, poetas que abjuraron de una literatura que reflejara la Revolución Mexicana para crear una poesía intelectual, cuyo canon arranca con la obra de sor Juana, con su filosófico *Primero Sueño*.

En homenaje feliz, Gonzalo Celorio se refiere a su amistad con el doctor Edmundo O’Gorman, pilar del pensamiento histórico moderno en el México de mediados del siglo xx. Lector apasionado de grandes novelas, O’Gorman alababa la capacidad de los novelistas de presentar una época determinada, de allí que floreciera la complicidad entre Celorio y el extraordinario historiador, devoto de las mujeres y consolidado feminista. Algunos de sus geniales aforismos son recordados por Gonzalo, como aquél de “El sexo débil ni tan débil; el sexo fuerte ni tan sexo”. Más allá de la

mancuerna establecida por la historia y por la literatura, es decir, por O’Gorman y por Celorio, cito ahora una de las disquisiciones subversivas del escritor de *Tres lindas cubanas*, Gonzalo Celorio, miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Cubana de la Lengua:

He advertido que cuando hay dos palabras para diferenciar al hombre de la mujer, como *poeta y poetisa o líder y lideresa*, las mujeres prefieren que sólo haya uno en aras de la igualdad, y cuando hay uno solo, como *jefe o juez* prefieren que haya dos, en aras de la diferencia. De acuerdo con las mejores causas de los problemas de género, un proverbio tan sencillo como “el perro es el mejor amigo del hombre” ahora tendría que enunciarse, en detrimento de su eficacia, como “la perra y el perro son la mejor amiga y el mejor amigo de la mujer y del hombre indistinta y no siempre respectivamente” (pp. 152-153).

Para terminar, el ensayo que cierra *Cánones subversivos* cuyo título es “Un río español de sangre roja”, tomado de un poema de Pedro Garfias, me atañe y me llega, y permítanme utilizar una palabra acuñada por mi hermana, *profundianamente*, puesto que mis padres surcaron ese río en uno de los últimos barcos de refugiados españoles que arribaron a México en 1940. Cuando Celorio revela que “Si alguien me preguntara quién fue mi maestro, respondería sin titubeos que el

exilio español republicano” (pp. 172-173), me hago cargo del homenaje que rinde a la República Española.

La madre de sus hijos, Yolanda Morayta, con quien se casó siendo los dos muy jóvenes, era hija de un médico refugiado, el doctor Morayta, y Gonzalo refiere cómo eran los domingos paelleros de la familia de su entonces novia, de los libros que atoraba el galeno y de su probidad e idealismo. También, en este tributo al exilio español, narra la historia de su tía Luisa,

sofisticada, pretenciosa y ultramimada, quien contrajo nupcias con el doctor Francisco Barnés, refugiado del fascismo instaurado en la península. El tío Paco trae aires de tolerancia a la conservadora familia Celorio, mientras que la tía Luisa des- punta con su esnobismo:

De visita en mi casa, sentada en el sofá principal de la sala con una pierna oculta bajo el cuerpo, cual flamenco. En la boca, pintada de un rojo subido, una boquilla de carey con un humeante y delgadísimo cigarrillo mentolado. Una voz ronca de fumadora empedernida, que pide un vermouth con hielo *frappé*. Sí; un vermouth *rosso* con hielo *frappé* en mi casa, donde nuestro único lujo era tomar, en días especiales, agua de jamaica (pp. 164-165).

El tío Paco y la tía Luisa se divorciaron con el tiempo y la pobre terminó por morir sola, lejos de su familia. Pero esto es harina del costal narrativo de Gonzalo Celorio, el cual se impone deliciosa, finamente en estos ensayos luminosos que conforman *Cánones subversivos*, que describen el acontecer literario, el acto creativo, las tradiciones y sus rupturas con la espesura de una textualidad, si me dejan usar este vocablo, libre de confituras teóricas, de esas “que explican a la flor por el fertilizante” como decía Bachelard, citado por Gonzalo. Ideas agudas, fraseo im-poluto es con lo que Gonzalo explora la literatura.

Gracias Gonzalo por la lectura de este nuevo libro tuyo, gracias por el último capítulo, donde me mencionas en el universo del exilio español, al que sin duda pertenezco, aunque haya nacido en México y ya no digo más, porque del sonrojo que me produce tu alusión a mi persona puedo pasar con facilidad al lagrimeo y prefiero pensar en el vermouth *rosso frappé* de tu tía Luisa, quien por desgracia se separó de tu tío Paco, el que venía con el río de la sangre roja. **U**

Gonzalo Celorio, *Cánones subversivos*, Tusquets, Marginales, México, 2009, 189 pp.

